



ANÁLISIS DE LA EVIDENCIA TÉCNICA Y CIENTÍFICA EN LOS CASOS AMBIENTALES*

Allan FRADSHAM

Mi propósito es darles a conocer lo que se hace en Canadá respecto a la recepción de evidencias en casos ambientales.

El sistema judicial en Canadá refleja, para el caso de los derechos civiles y marcadamente en la provincia de Quebec, una fortísima influencia francesa. Pero en el país el derecho penal y todos sus procesos se basan en la ley británica.

Respecto de los asuntos ambientales y la manera en que se persiguen por derecho consuetudinario, en provincias como la de Alberta el derecho estatutario está por encima del derecho precedente, aunque el papel del juez puede diferir un poco. Una de las principales características del derecho consuetudinario respecto de nosotros los jueces es que no participamos en la investigación de los hechos; nosotros en el juzgado esperamos, sentados, a que las partes nos traigan la evidencia.

Sólo cuando hemos escuchado la evidencia podemos identificar el problema en cada caso. Y aunque el defensor me presenta evidencia, para saber lo que dice la ley y lo que debo hacer con ésta tengo que llevar a cabo mi propia investigación dentro de lo que la legislación canadiense estipula sobre determinado tema. Ahora bien, tengo que determinar los hechos del caso con base en la evidencia que se me expone, y decido entonces si ésta es admisible, si es relevante para el caso, si de verdad tiene algo de sustancia o si hay alguna razón para excluirla. Pero no salgo a buscarla por mí mismo.

La evidencia científica es crucial y, en los casos ambientales, necesaria para poderlos perseguir, pero los jueces no averiguamos ni investigamos

* 2007.

por nosotros mismos dicha evidencia. Al juzgado se llega sin capacitación científica alguna, sin un conocimiento exacto de la ciencia, al punto de que cada una de las partes tiene que instruir al juez sobre aquella ciencia que resultará relevante para el hecho que confronta. Éste es un aspecto básico y fundamental de nuestro sistema.

Esta educación científica del juez se hace de manera abierta en el juzgado, en presencia de todas las partes interesadas, para que todo mundo conozca lo que se está presentando a mi consideración y hasta impugnar lo que se me dice. Los peritos acuden al estrado de los acusados, se les somete a interrogatorios y careos, y a partir de esta prueba de evidencia puede el juez decidir si la acepta y cuánto peso habrá de darle.

Ahora, esta descripción de lo que hacemos en el sistema consuetudinario en Canadá no debe tomarse como crítica de otros sistemas. Lo único que refiero es cómo lo hacemos con base en nuestra historia y desarrollo cultural.

En mi país, un proceso judicial ambiental no es cuestión de derecho administrativo; es un asunto de la ley penal y, a veces, de derecho llamado “cuasi criminal”, pero en cada uno de los casos la responsabilidad recae en la parte acusadora, más allá de la duda razonable. Parte de lo que tendrá que probarse es el elemento de la violación, que en esencia se apoya en la teoría científica de la Corona sobre el proceso persecutorio.

Por otra parte, si el juicio resulta en la culpabilidad del ofensor, será necesario imponerle una sanción. Pero nuestro sistema judicial ha evolucionando al punto de que, más allá de las sanciones para quien violó la ley, lo más importante y significativo es encontrar la manera de que se repare el daño ocasionado por la comisión de la infracción.

Ese concepto de reparación o justicia restaurativa nos condujo hacia una nueva manera —creativa— de resolver controversias. Una vez más, el enfoque se centra en la evidencia científica llevada ante un juez. La regla general es que el juzgador sencillamente se sienta ante la Corte, escucha la evidencia presentada y decide si es necesario llamar a un tercero o a expertos a solicitud del juzgado.

En mi opinión, es posible que seamos menos rígidos en la aceptación de evidencia para determinar la sanción. El juez se vuelve más proactivo para buscar información adicional y esto representa un cambio importante en la resolución de problemas. Podemos comenzar a alinear la legislación canadiense con la de otras jurisdicciones si tratamos de enfocarnos en una justicia restaurativa más que en la culpa atribuida a alguien en particular.

ANALYSIS OF SCIENTIFIC AND TECHNICAL EVIDENCE IN ENVIRONMENTAL CASES*

Allan FRADSHAM

My objective is to describe to members of Mexico's judicial branch how we judges in Canada go about deciding whether to accept evidence in environmental cases.

There is a strong French influence in Canadian law, particularly in the Province of Quebec, where French law is the basis of civil rights. However, our criminal law is a federal rather than provincial jurisdiction and it, like its related judicial procedure, is based on British law.

Right now I'll be speaking about environmental matters and how they are prosecuted within the British-based, common-law system, in provinces such as Alberta. The system remains common-law based, even though statutory law prevails over common law in environmental matters. One of the main characteristics of the common-law system is the role of judges: judges do not participate in the investigation of facts. Our work is within the courtroom; we require the parties before us to gather and contribute the evidence.

Only after hearing the evidence presented by the two sides I am able to identify the problem that emerges in each case. I will undoubtedly conduct my own investigation of Canadian law in relation to that problem, in order to know what the law says and what I should do with respect to the law. However, I must determine the facts of a case on the basis of the parties' investigations —on the evidence they bring before me—.

Thus, for me as a judge, finding the facts of a case includes the preliminary steps of deciding whether what the parties have brought to court is admissible, whether it is relevant, whether it actually has any substan-

* 2007.

ce, and whether there is any other reason to rule it out—then I consider what facts it proves. I do not go out and seek evidence myself—.

Scientific evidence is frequently crucial in environmental cases, and necessary for prosecuting them. However, I don't personally verify or investigate such evidence. Rather, I come to the court without any specific scientific training—without precise knowledge of science—so that each side must instruct me on the scientific aspects of the case before me. This is a basic, fundamental aspect of our system.

And this process of educating the judge on scientific grounds takes place openly in the court, in the presence of all the parties involved, so that everyone hears what is being presented before me, and either side can challenge what the other claims. This is achieved by the parties calling experts to the witness stand, questioning them, and then allowing the other party to question and even confront them. Based on this process of proof, I make decisions about which evidence I accept and what weight I shall give it.

It is important to clarify that my description of what we do in the Canadian common-law system is not a comparison with or criticism of other systems. I am simply explaining how we do things, based on our history and cultural development.

In my country, an environmental judicial process is not a matter of administrative law, but rather a matter of criminal law. True, it is sometimes referred to as quasi-criminal law, but even so, the responsibility lies with the party making the accusation of an environmental offense to prove the accusation beyond reasonable doubt, just as in any criminal trial. That proof must include whatever scientific theory supports the prosecution case.

If the result of the trial is that the offender is declared guilty, then, as in any criminal trial, it will be necessary to consider the appropriate penalty. This element of the process, however, has evolved considerably in environmental cases. Nowadays, we don't actually ask ourselves how the violation should be punished. Rather, we ask ourselves—and this is perhaps the most important consideration—how the damage caused by the violation committed can be repaired.

This concept of redress, or restorative justice, has generated a new kind of creative sentencing. Once again, as during the trial when guilt was the issue, the focus is on the scientific evidence presented to the judge. Again, the general rule is that the judge simply sits in court and listens

to the evidence presented —although the judge may call a third-party expert, or ask a party to call another expert—.

We are less rigid about accepting evidence when the penalty is being determined, as compared to when we are determining guilt. The judge becomes more proactive in seeking additional information —and this is a significant change in the resolution of problems—. In this way, and in this greater focus on restorative justice, we are beginning to align Canadian law more closely with the law in other jurisdictions, particularly those beyond the common law.